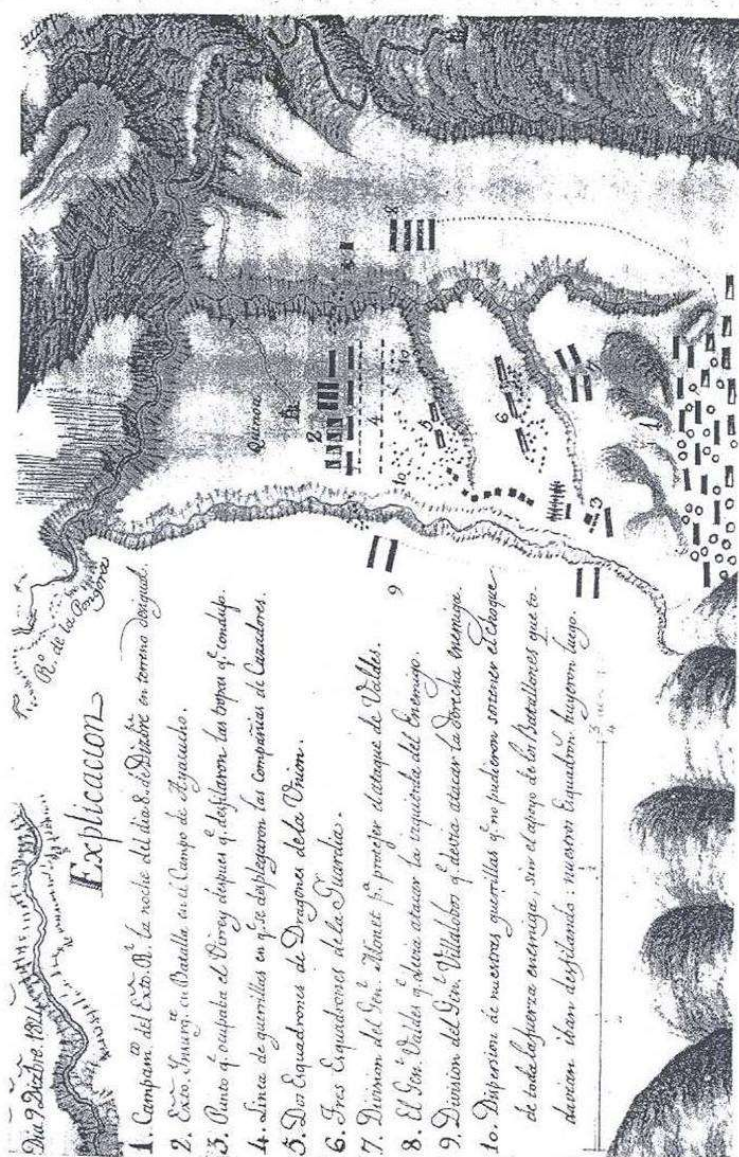


Los españoles olvidados de Junín y Ayacucho (III)

José Antonio Crespo-Francés*

Las llamadas guerras de emancipación o de independencia de las provincias de la América española fueron sin duda una gran y larga guerra civil, cuyos bandos independentistas lideraron ricos criollos con un afán desmedido de poder, en contra de los verdaderos intereses de la población hispanoamericana, de forma muy especial en contra de la voluntad de las clases pobres y de los indígenas, que en su inmensa mayoría lucharon junto a los leales al rey, negándose a hacerlo con los criollos rebeldes, principales usurpadores de sus derechos.



Plano de la batalla de Ayacucho
Instituto de Historia y Cultura Militar 13-620 P-m-7-96



El general Olañeta

JUNIN, EMPLEO DE LA CABALLERÍA Y LAS RESERVAS, 5 de agosto de 1824.

A la vista de la situación, Bolívar concibe entonces un plan consistente en proceder a fijarles en su avance por la pampa con un ataque de sus jinetes, para de esta manera ganar tiempo para que su Infantería, mayor en número, pudiera llegar y entablar una acción general. Entonces da la orden a sus Escuadrones que dejen las mulas y monten en los caballos para alcanzar rápidamente la llanura y proceder a efectuar un ataque al adversario.

El general Canterac¹, antiguo oficial de Caballería vislumbra que se le presenta una espléndida ocasión para batir a los independentistas, pues siendo su Caballería, más numerosa y de toda confianza podría caer sobre la de Bolívar antes de que llegara a desplegar en terreno abierto. De inmediato cursa las órdenes oportunas a sus unidades.

La calidad de las tropas que se iban a enfrentar era indiscutible. Según el testimonio desde las filas independentistas, la de Canterac era *"una brillante Caballería, muy bien montada y equipada"*. Por lo que se refiere a la Caballería de Bolívar, *"se componía tal vez de los mejores jinetes del mundo: los gauchos de las Pampas, los guasos de Chile y los llaneros de Colombia"*. Bolívar alineó 1.000

¹ Canterac estaba tan seguro de la victoria, o del desarrollo de los acontecimientos, que ni siquiera levantó del valle de Jauja sus almacenes, parques, hospitales y servicios, saliendo decidido tras de Bolívar dispuesto a librar batalla.

hombres, peruanos, chilenos, argentinos y colombianos y Canterac 1.300 divididos en ocho Escuadrones de los que parte pertenecía a los Dragones del Perú, unidad formada enteramente con elementos locales y el resto, a los Húsares de Fernando VII y a los Dragones de la Unión, Regimientos ambos que habían sido formados en torno a dos respectivos Escuadrones europeos llegados a Venezuela hacía unos diez años. La magnífica Caballería realista era, por tanto, americana en su mayor parte.

Canterac adoptó el siguiente despliegue para el ataque: en el centro, los Escuadrones del Perú y de Húsares y en ambas alas, dispuestos en columnas, los Dragones de la Unión. Como casi siempre las distintas versiones ofrecen contradicciones pero parece que los independentistas llevaban en vanguardia a los Granaderos de Colombia, seguidos por los de los Andes y por los Húsares de Colombia y cerrando la marcha los Húsares del Perú.

El día 5 de agosto tomó posiciones con su infantería y artillería en Carhuamanga, dejó el mando al general Maroto y se destacó con la caballería hasta Pasco buscando el contacto, pero había se cruzado en itinerario paralelo con Bolívar que se dirigía hacia el valle de Jauja tomando contacto el mediodía del 6 de agosto.

Bolívar adelantó su caballería, que bajó con decisión al llano, desplegando su flanco derecho apoyado en los cerros de Junín y quedando asegurado el flanco izquierdo en un extenso pantano, cabiendo en todo el frente un par de escuadrones como mucho.

El general Canterac, como jinete dejándose llevar de su espíritu ofensivo y en su ardoroso deseo de caer sobre el enemigo antes de que iniciase su despliegue, tomó la iniciativa y ordenó prematuramente la carga. La correcto sería iniciar primero un trote corto, para luego pasar al largo, más tarde a un galope contenido y por último, ya muy cerca del enemigo, lanzar los caballos a rienda suelta. Sin embargo, en esta ocasión, se pasó *"a los aires violentos a desproporcionada distancia"*. Esta desatinada acción supuso que las monturas llegaron más cansadas al choque y, en muchos casos, desbocadas. También los Escuadrones estarían desorganizados, porque era imposible mantener durante largo tiempo la alineación de cientos de jinetes avanzando a galope tendido y al igual que los hombres perdían control sobre los caballos, los jefes lo perdían sobre sus subordinados.

Una carga prematura convirtió a la **Caballería** de Canterac en una masa informe y **fuera de control** tanto de caballos como de jinetes, sobre la cual era **imposible la acción del mando**, sorda a las órdenes, e incapaz de cualquier evolución. La Batalla de Junín será un claro y clásico ejemplo de la dificultad que suponía el manejo y ejercicio del mando del Arma montada, excepcional elemento de choque en aquella época, pero cuyo empleo exigía un exquisito cuidado.

Los realistas lanzados en una carga desenfundada caen sobre sus contrarios: *"el encuentro de estas Caballerías fue tremendo, horroroso. Alcanzábamos a ver que los caballos se estrellaban unos contra otros"*. Los Escuadrones independentistas² de cabeza fueron barridos literalmente. El resultado fue, *"la derrota total de los patriotas, a excepción de unos cuantos Granaderos a Caballo de Colombia a las órdenes del bizarro mayor Braun, que se abrió paso por los enemigos, y un Escuadrón peruano que estando al primer choque un poco a retaguardia se liberó afortunadamente de la suerte de los demás"*.

Cualquiera podría afirmar con seguridad que la batalla estaba aparentemente ganada pues casi todos los Escuadrones habían cedido, su comandante, Necochea, tras recibir siete heridas había sido capturado y el propio Bolívar, que había sido testigo presencial de la formidable embestida, se dirigió en busca de su Infantería para dar apoyo a los jinetes batidos tras haber mantenido el siguiente diálogo con el general Lara: *"Bolívar: Nos han derrotado nuestra Caballería. Lara: ¿Y tan buena así es la del enemigo? Bolívar: Demasiado buena, cuando han derrotado la nuestra"*. De otra parte Miller, que mandaba los jinetes del Perú, en carta recogida por Paz Soldán, dice: *"todo se hallaba perdido"*.

A pesar de todo hubo algo definitivo y es que quedaba todavía una unidad independentista formada, y que no se había visto involucrada en el combate por su despliegue en retaguardia. Se trataba del Primer Escuadrón de Húsares del Perú, que *"permaneció a pie firme porque no se hallaba sobre el eje del ataque y no había sido alcanzado por el desorden del repliegue"*.

El jefe de esta unidad era el teniente coronel Suárez y se encontraba en una situación perfecta. Como podemos imaginar el combate de Caballería se resolvía a favor del bando que mantenía la última unidad formada y controlada, y en Junín esta fue independentista.

² En un principio, los jinetes de Bolívar, al mando del inglés Miller parecían ceder y replegarse.

El general Canterac, obsesionado por asestar de manera definitiva una carga fulgurante, **no había tomado la básica medida** reglamentaria de mantener algún **Escuadrón en reserva**.

En su informe justifica que la misión de reserva estaba otorgada a los Dragones de la Unión, lo que no es creíble, pues atacaron con el resto de las fuerzas.

En definitiva Canterac se halló con sus jinetes dispersos, encelados en la persecución, y sordos a los toques de trompeta. No tenía ni un soldado a mano, a sus órdenes: *"desde aquel momento (del choque), ninguno pudo conservar su formación, se dispersaron en la pampa en grupos más o menos grandes que impetuosamente se acometían con valor heroico"*.



No sólo en la *Revolución Francesa*, sino también en la *Revolución de las Trece Colonias de Norteamérica* la influencia de la masonería fue esencial; así, los padres de la patria estadounidense como George Washington, eran masones. Washington en 1752 con tan solo veinte años se unió a la logia de Fredericksburg. En la historia de los Estados Unidos encontramos catorce presidentes masones. En cuanto a las independencias en América Hispana fueron dirigidas por políticos y militares criollos que eran masones, como San Martín en Argentina, O'Higgins en Chile, Bolívar en Perú y otros. Todos eran masones, todos pertenecientes a la *"Logia Lautaro"*.

Suárez pudo actuar por iniciativa propia o siguiendo las órdenes que Miller le dio y el caso es que se encontraba en situación muy diferente a la de Canterac. Su Escuadrón se hallaba todavía bajo control y fresco, y no se había dejado

desmoralizar por la derrota de sus compañeros. A su voz, los Húsares cargaron sobre los realistas que se encontraban en total desorden, siendo sorprendidos con su inesperado ataque. Entonces mientras éstos intentaron reaccionar, los demás Escuadrones de Bolívar se reorganizaron y se lanzaron al combate.

Ante este triste panorama los realistas con los caballos agotados y abrumados bajo las lanzas y los sables que se vuelven contra ellos, vuelven las grupas de sus caballos y se retiran en desorden.

El general García Camba, otro viejo jinete, escribe incrédulo ante lo sucedido: *"un sueño parecía la derrota que la brillante y engreída Caballería del Ejército Real del Norte del Perú acababa de sufrir en Junín, perdiendo en ella más de 300 caballos y todo el favorable prestigio y la ventajosa reputación que había sabido adquirirse en tan gloriosas campañas anteriores"*.

El combate tuvo una duración de 45 minutos, y en el curso del mismo no se abrió fuego en ningún momento y utilizándose exclusivamente las armas blancas³. Las más eficaces fueron las lanzas, sobre todo las de los jinetes independentistas: *"los lanceros fijan las riendas encima del caballo, y les quedan las dos manos en libertad para manejar la lanza, y generalmente hieren a su enemigo con tal fuerza, con particularidad cuando van a galope, que les levantan dos o tres pies encima de la silla"*.

Parece ser que Canterac, confiado de su caballería, había desoído el consejo del general Maroto lo que le impidió el empleo de las compañías de cazadores y de la artillería. El desastre no tenía remedio posible, los realistas habían tenido más de cuatrocientas bajas entre muertos y prisioneros, pero lo peor es que se había dañado irreparablemente su prestigio ganado en las últimas campañas. En su huida buscó refugio entre las filas de su Infantería que al no haber intervenido en combate también había iniciado el repliegue.

En verdad fue importante la ventaja adicional que les daba el hecho de que sus lanzas tuvieran tres varas y media de longitud, frente a poco más de dos que tenían las usadas por los realistas.

³ Se peleó en aquella jornada, según O'Connor, jefe del Estado Mayor de los independentistas en sus *Memorias*: *"puramente al arma blanca. No se oyó durante el combate más que el choque terrible de las espadas, los sables y las lanzas y los gritos de los combatientes"*.

Al hablar de las bajas en ambos bandos también tenemos que decir que existen diversas opiniones sobre el tema. Miller en su libro calcula las de Canterac en más de 400, y las propias en 140. Sin embargo, en una carta escrita poco después de la acción sitúa las primeras en 310, incluidos 60 prisioneros y las segundas en 150. López aporta el número de más de 400 para los realistas, y sólo 93 para el contrario y finalmente Bolívar atribuye 444 bajas a los del Rey y 145 a sus propios jinetes.

Dos días después del encuentro Canterac estaba a ciento setenta kilómetros atrincherándose en Chincheros, después de cruzar el caudaloso río Pampas permaneciendo allí quince días recuperándose de la irreparable derrota. Luego continuó hasta Limatambo después de pasar el río Apurímac donde se reunió con La Serna.

A la vista de los hechos se aprecia que las pérdidas realistas fueron ciertamente graves, pero no hasta el extremo de justificar la afirmación de Manuel Antonio López, según el cual, *"toda la Caballería enemiga ha quedado reducida a un tercio de su fuerza"*.

Si esto hubiera sido así no hubiera sido posible que, como sucedió inmediatamente después de la derrota, el coronel de los Dragones de la Unión se ofreciera a cargar una segunda vez, para continuar el combate, lo que indica que por lo menos su unidad estaba en condiciones de volver a actuar, como sabemos era según Canterac la unidad de reserva y aunque la embebió en el primer encuentro debieron quedarle fuerzas para una segunda carga.

En un escrito de Canterac a Rodil posiblemente se refleja la amarga verdad, cuando el general vencido dice: *"nuestra pérdida ha sido de poca consideración en el número de hombres, pero sí ha influido extraordinariamente en el ánimo, particularmente de la Caballería"*. Ciertamente, **en Ayacucho** los realistas contarían con una nutrida **Caballería**, pero **veremos que intervino con insuficiente empuje, la derrota psicológica a la Caballería en Junín fue definitiva.**

La derrota psicológica, fue quizás como decimos el mayor daño que sufrieron los del Rey en Junín pues trajo consigo la disminución de su moral. Hasta entonces, los jinetes de La Serna tenían una impecable hoja de servicios, y la derrota les sorprendió tanto que les amedrentó.

Era indiscutible que el enemigo independentista les había batido, a pesar de ser inferior en número y haberse encontrado en posición de desventaja. Bolívar premió la deuda que tenía con el Regimiento peruano, que salvó la situación, dándole el nombre de Húsares de Junín. Como anécdota cabe subrayar que Bolívar que era un gran aficionado a los perros guardó el de un oficial realista que acompañó a su amo durante la carga.

De la misma manera y en justicia, debemos señalar que el duro revés no se debió al comportamiento de los Escuadrones realistas. Simplemente, fue un **error imperdonable en el ejercicio del mando** que Canterac no quiso reconocer pues en su parte al Virrey atribuye la responsabilidad de lo sucedido a sus hombres: *"Parecía, Excmo. Sr., imposible en lo humano que una Caballería como la nuestra, tan bien considerada, bien armada, equipada, montada, instruida y disciplinada, y que mostraba incesantemente vivos deseos de llegar a las manos con el enemigo, lo que me pidieron con repetidísimas instancias aquella misma tarde al juntarse la enemiga, digo parecía imposible que con tanta vergüenza huyese de un enemigo inferior bajo todos los respectos y que ya estaba casi batido por los mismos que después, por una fatalidad tan funesta como incomprensible han echado un borrón a una reputación antigua y puesto en compromiso al Perú todo"*.



Entrevista de Puna. El Virrey del Perú y San Martín.

El 27 de julio de 1808, el Ayuntamiento de Caracas ratificó su *"firme e invariable concepto de no reconocer otra soberanía que la del señor don Fernando VII"*, decretando no introducir novedad alguna en el gobierno *"hasta tanto que las posteriores noticias del estado de la Península brinden motivo a otra determinación."* Puede señalarse este momento como el punto de salida que los agentes británicos, a través de las logias masónicas, dieron al movimiento separatista, que puede dividirse en dos grandes fases: La primera, entre 1808 y 1814, se caracteriza por la actuación de las Juntas que, al igual que en España, se constituyeron en las ciudades más importantes para tratar de restablecer una legalidad interrumpida por los sucesos de la Península. La segunda, entre 1814 y 1824, se caracteriza por la guerra civil abierta y generalizada en todos los territorios entre los emancipadores y los realistas.

Esta general dio claras pruebas de su deslealtad al escribir esto. No fue una *"fatalidad"* que el Primero de Húsares del Perú no se desbandase, lo que si fue

una fatalidad en cambio es que él no tomara la mínima y elemental precaución de mantener en su mano una **reserva**. Tampoco fue una "*vergüenza*" que unos Escuadrones desorganizados volviesen las grupas al ser sorprendidos por un ataque, pues el propio Canterac, como oficial del Arma, debía conocer la vulnerabilidad de una Caballería que había perdido la formación. **Eso se podía, y debía, de haber evitado con la fuerza de reserva, y controlando la carga.** También resulta imperdonable e incomprensible **que no apoyara el ataque con Infantería o Artillería**, recordemos que tenía unidades de ambas Armas bajo su mando. Unas descargas sobre el enemigo formado en columna, seguido de un ataque de sus Escuadrones, hubiera sido suficiente.

La lista de sus errores se ve aumentada con que tras la derrota se entregó a una desatinada fuga, olvidando que el grueso de su Ejército seguía intacto. En la huida hasta Cuzco, para reunirse con el ejército del virrey La Serna, sus hombres corrieron 150 leguas. No sorprende que las tropas realistas, desmoralizadas, perdieran más de 3.000 hombres por el camino, entre desertores y bajas por las heridas sufridas en los pies, "*aunque los realistas no iban estrechamente perseguidos en su retirada ni eran seriamente molestados*".

Al conocer la derrota La Serna convocó a todas sus fuerzas, llamando a Valdés⁴ para que se le fuera a unir con el Ejército del Sur. Bolívar, por su parte, marchó a Lima para organizar nuevas tropas y a ocuparse de la administración de la parte del Perú que era ya independiente. Sucre quedó al mando del Ejército y es reforzado con la llegada del Batallón Caracas y los Escuadrones de Dragones de Venezuela y de Guías de la Guardia.

A finales del mes de septiembre, los realistas reorganizan todas las tropas que han reunido, dando al conjunto la denominación de Ejército de Operaciones del Perú. El Virrey en persona se reserva el mando del mismo, con los generales Canterac como jefe de Estado Mayor y Carratalá como su segundo. Esta concentración de tropas procedía de los siguientes contingentes, Canterac aportaba el hasta entonces llamado Ejército del Norte, formado por el I del Infante, I del Imperial, Burgos, Cantabria, Castro, Victoria, Guías, Centro, II del Primero, Huamanga, Escuadrones de Dragones de la Unión, del Perú, de Húsares y de San Carlos; Valdés, el del Sur, con el I y el II de Gerona, II del Imperial, I del Primero, II de Fernando VII, 4 Escuadrones de Granaderos a Caballo de la Guardia, unidad que Canterac había pedido insistentemente tras Junín, y el Escuadrón de Dragones del Rey.

⁴ Se encontraba haciendo la guerra a Olañeta, recorrió más de 1.500 kilómetros campo a través por escabrosos derroteros en marchas forzadas hasta reunirse con Canterac ya a mediados de septiembre.

Bajo la nueva organización se formaron tres Divisiones de Infantería, la de Vanguardia, de Valdés, con 4 Batallones que acababan de completar una de sus famosas marchas, de 270 leguas, para llegar a Cuzco, la Primera, de 5 Batallones, con Monet, y la Segunda, también de 5 Batallones a las órdenes de Villalba. Por otra parte la Caballería constituía una División, al mando del general Ferraz. En total, sumaban 11.400 bayonetas, 1.600 sables y 16 piezas. Otras fuentes citan otra cifra, la de 9.310 hombres.

A mediados del mes de octubre salen de Cuzco, dejando allí de guarnición el Batallón de Milicias de Huamanga y los Dragones del Rey, poco después de pasar el río Apurimac capturan un convoy enemigo, encontrando en él un uniforme de Sucre que es entregado al tambor mayor de Gerona para que lo luzca.

MARCHAS Y MÁS MARCHAS, EN BUSCA DE LA OPORTUNIDAD

A principios de octubre Bolívar regresó a Lima, el congreso colombiano había derogado todas sus prerrogativas que le daban plenos poderes allá donde se luchase, al poco dimitió y delegó en Sucre el mando efectivo de las tropas.

El 22 de octubre el virrey La Serna sale de Cuzco con Canterac como jefe de Estado Mayor y Sucre no detecta sus movimientos hasta varios días después, el virrey pretendía cortar la retirada a Sucre quien había propugnado una ofensiva atacando con las fuerzas colombianas dejando a los peruanos con La Mar, pero Bolívar se lo desaconsejó arguyendo que debía mantener el ejército unidos y no arriesgarse inútilmente.

El 25 de octubre de 1824 La Serna cruzó el río Apurimac y mediante un movimiento envolvente se colocó a retaguardia de Sucre para evitar que se retirara hacia la costa.

Ante este avance realista, los independentistas se repliegan lentamente. Tras una larga serie de marchas y contramarchas⁵, en las que cada bando busca la oportunidad favorable para un ataque, el 3 de diciembre Valdés logra asestar un afortunado golpe de mano a elementos de la División de Reserva de Sucre, bajo el mando del general Lara, infringiéndole importantes pérdidas y

⁵ Casi un mes duraron las marchas y contramarchas realizadas con acierto por ambos bandos.

apoderándose de pertrechos, municiones y piezas de artillería, en el desfiladero de Colpahuaico, en concreto a los Batallones Vargas y Rifles. Este último *"se componía primitivamente de ingleses que se distinguieron particularmente en Colombia. Habiendo perecido casi todos los soldados europeos por enfermedades o en el campo de batalla, completaron enseguida el Cuerpo con 1.200 indígenas, que no hablaban sino dialecto nativo"*. Era, ni más ni menos que una unidad parecida a los llamados Batallones *"peninsulares"* de los realistas.

Los dos Cuerpos, de bien ganada reputación, fueron batidos por Cantabria, apoyados por Burgos, perdiendo en la refriega varios cientos de hombres, la impedimenta, y una de las dos piezas que arrastraban los de Sucre por aquellas alturas inimaginables. A consecuencia de *"este serio descalabro"*, como lo llama Miller, los Granaderos a Caballo de Colombia y los de los Andes quedaron sin enlace del resto del Ejército, enlace que recuperaron al reincorporarse días después. La maestría con que Sucre se replegó impidió que La Serna pudiese explotar a fondo este éxito local.

Este mismo día a muchas leguas de distancia, Urdaneta, que marchaba sobre Lima, abandonada por los realistas tras los últimos acontecimientos, experimentaba un revés a manos de la guarnición de El Callao, que había quedado a cargo de Rodil.

Tras el choque del día 3, el Virrey y Sucre continuaron sus fatigosos movimientos, buscando el primero el flanco del contrario y replegándose el segundo en perfecto orden, hasta la mañana del 9 de diciembre cuando se produjo el verdadero enfrentamiento en el campo de Ayacucho, lugar que designa a una meseta situada en un ramal de la cordillera oriental de los Andes, el Condurcunca, a 3.400 metros de altitud, y que esta rodeada de imponentes montañas.



AYACUCHO, LA BATALLA, 11.00 horas del día 9 de diciembre de 1824

La estación lluviosa se aproximaba y Bolívar pensando que los realistas no iban a iniciar ninguna operación dejó su fuerza en la línea del Apurímac bajo el mando del general Sucre para marchar a Ica y Chancay a la espera de refuerzos desde Colombia.

El día 6 de diciembre los indios de Huanta, Huancavelica y Huamanguilla, al ver que los realistas parecían llevar la ventaja, se alzan en armas, cortando los convoyes independentistas y atacando sus destacamentos.

Dos días después, Sucre está en Quinoa, mientras que el Virrey ocupa el cerro de Condurcunca. Sólo una pequeña planicie separaba *"el pie de la cordillera del pueblo de Quinoa, y los indígenas la llaman Ayacucho"*, vocablo en lengua quechua cuya traducción al español es la de **Rincón de los Muertos**.

Parece ser que la posición respectiva de ambos Ejércitos era la siguiente: En cuanto a los independentistas, *"se había reducido tanto las fuerzas de Sucre que nada podía ya salvar a su Ejército de una completa derrota, sino un esfuerzo desesperado... En los 15 días anteriores, las bajas del Ejército Libertador ascendían a 1.200 hombres, de forma que en Quinoa llegaba su fuerza total a 6.000. Habiendo perdido la Caballería sus mulas en Colpahuaco, tenía que marchar pie a tierra, llevando del diestro sus caballos y muchos de ellos se habían inutilizado por falta de herraduras". "No había circunstancia que no concurriese a aumentar el aspecto melancólico de las cosas con respecto a los*

patriotas; ni podían retirarse, ni podían atacar a los realistas por el barranco escarpado de 200 varas de profundidad que separaba a los dos Ejércitos, y la falta de provisiones les habría hecho imposible permanecer en aquella posición cinco días más".

A todo esto no podemos olvidar que el Virrey también tenía problemas dado que durante las marchas precedentes, *"las precauciones adoptadas por los jefes realistas para evitar la desertión tendían también a aumentar las privaciones de sus tropas. En cualquier punto donde hacían alto, los Cuerpos campaban en columna, y ponían alrededor un círculo de centinelas con los soldados de confianza; además de estas centinelas, un gran número de oficiales estaba siempre de servicio y ningún soldado podía salir de la línea de ellas con cualquier pretexto que fuese. Por la misma razón, era muy opuesto el Virrey a enviar partidas en busca de ganado,, porque en tales condiciones era segura la desertión".*

Siendo grave esto no era lo peor, pues la desertión había sido una constante de las campañas anteriores. En carta de 7 de enero de 1824, escrita unos pocos días antes de Ayacucho, Bolívar se quejaría a José Bernardo de Tagle de que había que encerrar a algunas de sus tropas en plazas fuertes para evitar la desertión: *"en cuanto duermen al raso o hacen largas marchas, se quedan todas desertadas".*

Resultaba realmente mucho más grave la falta de alimentos, por su escasez, que porque a los soldados no se les permitiese alejarse para forrajear. Ambos Ejércitos tuvieron que comer caballos, mulas y llamas. Por ello, aunque La Serna ocupaba una posición inexpugnable, no podía mantenerse en ella por mucho tiempo debido a *"la absoluta carencia de víveres y de forrajes"*.

También hay que tener en cuenta que en sus fuerzas había empezado a cundir el descontento por las agotadoras marchas sin aparente sentido y por lo que se estimaba falta de agresividad del Virrey, a pesar de contar con superioridad numérica. Pasquines criticando esta actitud empezaron a aparecer en el campo realista: *"la ansiedad de las tropas... le arrastró a exponer al azar de una acción general el fruto que había alcanzado en la campaña; pero la paciencia de las tropas se había agotado... Por tanto puede muy bien asegurarse que le comprometieron a una acción general contra su propia opinión"*.

Los dos Ejércitos se veían abocados a la batalla.

Sucre, porque amenazado por el Virrey y por los indios no podía seguir rehuyendo indefinidamente el combate sin que sus tropas se disolvieran. Como él mismo reconoció en el parte de batalla que envió a Bolívar, la mayor maniobrabilidad de su adversario podía llegar a cortar su línea de comunicaciones.

La Serna, por la falta de víveres y la creciente insatisfacción de las Unidades ante su estrategia dilatoria. Es discutible, no obstante, hasta qué punto su situación no era relativamente mejor que la de su adversario, y si no hubiera podido esperar el paso de esos pocos días que hubieran forzado a los independentistas a levantar el campo. A pesar de todo La Serna decidió, sin embargo, atacar.

El terreno donde se desarrollaría la batalla sería la pequeña llanura que ya hemos mencionado, limitada en los flancos por dos gargantas, y atravesada de Norte a Sur, en el punto de mayor extensión por otro barranco, obligando a ir desplegando las unidades una detrás de otra al desembocar desde el itinerario encajonado de acceso a la llanura y bajo el fuego enemigo.



El general Canterac

PROBLEMAS, LOS MISMOS

Valdés acusó infundadamente de cobardía y falta de valor a la tropa. En la obra de Torata, encontramos un párrafo que refleja con mayor precisión la realidad: *"pero los Batallones de Gerona que debían protegerle no eran ya los que habían vencido en Torata y Moquegua; aquellos soldados habían desaparecido en la sangrienta campaña contra Olañeta; los cuatro capitanes de las Compañías de preferencia habían sido muertos o heridos, y en lugar de tantos veteranos aguerridos, estaban ocupadas sus filas por reclutas tomados a la fuerza dos meses antes y prisioneros de las campañas anteriores, de quienes no podía esperarse razonablemente ninguno de aquellos esfuerzos que exigía la situación desesperada en que iba a emplearse este Regimiento"*.

La alusión a los mandos de las Compañías de Granaderos y Cazadores es significativa. En ellas se agrupaba a los mejores elementos de la unidad, y se procuraba mantenerlas siempre al completo. Si estas Compañías tenían dificultades, se puede asegurar sin dudar que las de Fusileros se hallaban en condiciones aún peores.

El problema no residía en que las tropas fuesen masivamente americanas. Este había sido el caso desde siempre en el Ejército realista del Perú, que había obtenido en el pasado éxitos significativos. Tampoco se trataba de que muchos de sus miembros fuesen antiguos prisioneros o reclutas alistados a la fuerza. Unos y otros figuraban en elevado número en ambos bandos, y habían contribuido a no pocas victorias.

El problema era que había tantos reclutas sin instrucción, que además estaban agotados por las larguísimas marchas: *"la tropa estaba toda cansada y aburrida de tantas marchas y privaciones"*. *"El Ejército... se hallaba compuesto en su mayor parte de indios, que siempre muy propensos a la desertión, lo estaban mucho más en aquellos momentos por los trabajos que hacían"*. *"Después de haber hecho la jornada de 8 a 9 leguas, tenían los infelices que salir a hacer dos viajes por agua y leña a distancia las más veces de una legua"*. Estos, por otro lado, se tenían que multiplicar, ya que los mandos estimaban que había pocos soldados de suficiente confianza como para poderlos enviar en misiones, pues estaban prestos a la desertión.

Siguiendo la otra tesis de que las tropas locales desertaban más que las originarias de otros lugares, se estimaba que *"la calidad de las tropas no nos era ventajosa, porque el enemigo tenía compuesto su Ejército de soldados que podían considerarse extranjeros en el país en que se hallaban, especialmente las divisiones de Colombia, que distaban de los pueblos de su naturaleza más de 1.000 leguas"*.

LA DESERCIÓN, LA INSTRUCCIÓN

El permanente problema de la desertión se podía mitigar con una adecuada instrucción: *"los indios y mestizos aborrecen el servicio militar y se desertan siempre que pueden, más después que cobran alguna afición lo desempeñan con alguna regularidad y son sumamente obedientes, aunque siempre propensos a desertarse"*.

La instrucción, sin embargo, no existía porque faltó materialmente el tiempo para ello, el virrey se había visto *"en la desgraciada necesidad de reemplazar las bajas que tuvo el Ejército en las campañas destructoras aunque gloriosas del año anterior... con indios tomados a la fuerza y embebidos en los cuadros sin instrucción o en columna cerrada, con oficiales situados en los extremos (para que no desertaran)"*.

Hay que señalar por último que los de Sucre también tenían sus propios problemas, pues habían tenido que hacer marchas de igual longitud y sufriendo también dificultades para abastecerse, pero no tantas gracias a las medidas de Sucre encaminadas a establecer depósitos de suministros a lo largo de los itinerarios previstos.

Se trataba de dos Ejércitos agotados por los meses de dura campaña, con una moral decreciente y forzados a batirse. El que uno venciera al otro dependería, más de sus respectivos planes y su organización para la batalla que de la calidad de las tropas, que se podía considerar muy igualada.

Por fatal desgracia para los realistas, el plan adoptado con escaso entusiasmo por el Virrey tenía graves defectos que hubieran colocado en una problemática situación a unidades incluso de mayor calibre que las suyas.

La idea de maniobra del Virrey era la siguiente:

Valdés, reforzado por 4 piezas y 2 Escuadrones de Húsares, atacaría la izquierda enemiga, defendida por la División peruana.

Monet, por el centro esperaría a que la ofensiva de su compañero progresara para entrar en acción.

En cuanto a Villalobos, su misión era bajar sobre la derecha de Sucre, bordeando la quebrada Sur, protegiendo el emplazamiento de siete piezas de Artillería, que cubrirían con sus fuegos el ataque que él a su vez lanzaría en función de los avances de Valdés. La Caballería recibió una misión general de apoyo.

Este plan reflejaba una serie de carencias y defectos básicos que detallamos a continuación. En primer lugar, exigía ante todo que el Ejército realista bajara de las alturas que ocupaba para desplegar, a la vista y al alcance de los independentistas, en el llano.

Durante la aproximación sería necesariamente muy vulnerable. Su numerosa Artillería, en la que residía su principal fuerza, estaría desmontada, la Infantería llegaría al campo de batalla fraccionada y la Caballería tendría que descender por unos senderos tan escarpados que los jinetes podrían ir sólo de dos en dos, llevando los caballos por la diestra.

De esta manera las distintas unidades entrarían en fuego casi individualmente, a medida que llegaban a la pampa, mientras sus enemigos las esperarían reunidos y en condiciones de actuar en masa.

Este inevitable fraccionamiento introducía un factor de complicación más en un plan que exigía perfecta coordinación entre las diferentes Divisiones, y que hubiera sido difícil de implementar en un terreno menos ingrato. En aquella geografía, y con un Sucre enfrente, el método elegido para atacarle era arriesgado, por no decir suicida.

Usando las palabras de uno de los protagonistas españoles: *"era pues de necesidad bajar, en el caso de verificarlo, a la desenfilada por ambos flancos, sufriendo los fuegos contrarios sin poder contestarlos, o contestándolos en las peores condiciones y retardando la marcha; era de necesidad desalojar al enemigo en el momento de concluir la bajada, porque no era posible entrar en formación de otro modo ni desplegar las fuerzas por falta de espacio; era de*

necesidad, en fin, que nuestras dos alas verificaran todo esto con perfecta simultaneidad y que ambas lograran establecerse sólidamente abajo a un mismo tiempo precisamente, so pena de que de lo contrario serían batidas sucesivamente... Se añadía a todo eso que así como el enemigo podía poner en fuego todas las fuerzas desde el momento en que empezáramos a pisar el campo de batalla y aún desde antes, nosotros no podíamos presentarle sino las pocas que cupieran en el pequeño espacio que ganáramos desde luego al bajar".

No se puede hacer un juicio más acertado de las problemáticas perspectivas que esperaban a los realistas. Por otra parte el plan de Sucre tenía todas las ventajas de la sencillez. Consistía en esperar al enemigo y batirlo. Para ello, había tomado todas las disposiciones necesarias, aprovechando al máximo el terreno y disponiendo sus tropas de forma que contara con adecuadas reservas para hacer frente a las crisis que eventualmente pudieran surgir. La batalla era inevitable. Sucre que no podía eludir el encuentro sin querer exponerse a una retirada desastrosa como la del general Santa Cruz, confió en la capacidad de combate de sus tropas y en la competencia de sus mandos. Por otro lado el Virrey La Serna deseaba ardientemente vengar el descalabro de Junín y el prestigio perdido.

El combate duraría más de cuatro horas, la balanza del destino pareció inclinarse a favor de los realistas para hacerlo luego a favor de los independentistas tras una lucha encarnizada pues los realistas por precipitar su acción facilitaron al enemigo en empleo de su caballería y superioridad artillera dosificando sus esfuerzos. A las 9 de la mañana del 9 de diciembre de 1824, Canterac dicta a los generales las órdenes para empezar la batalla. Finalizado el almuerzo, los soldados realistas, vestidos minuciosamente con sus uniformes gala, inician sus movimientos: *"un pintor habría gozado viviendo sobre el fondo verde pajizo del Condorcunda aquellas largas líneas de matices móviles que rayaban la cuesta alternando con gracia el blanco, el azul, el verde, el gris, el amarillo, el barroso, el encarnado y otros tinte"*. Era el Ejército del Rey, que bajaba a estrellarse de cara con su destino.

Los realistas tomaron la iniciativa bajando del Condurcunca para situarse en la meseta, pero el despliegue se haría al alcance del fuego enemigo. La primera fase de la operación transcurrió sin problemas. La vanguardia de Villalobos, el I del Primero, desplegó en el lugar que le había sido asignado. Allí tenía que esperar a que se emplazaran las piezas de Artillería que descendían de la montaña a lomos de los mulos, y a que empezara el ataque

general. A efectos prácticos, la División se había reducido a ese Batallón más el II del Imperial, ya que los dos de Gerona y el de Fernando VII habían quedado algo apartados, en reserva.

Monet también empezó a disponer a las unidades en el lugar asignado, a cubierto del Batallón de Guías, desplegado en guerrilla. Inmediatamente comenzaron los tiroteos con los Cazadores de Sucre, con ventaja para los realistas. Para contrarrestar esta situación, los Granaderos a Caballo de Colombia darían hasta tres cargas sin éxito contra los infantes, concentrándose en la Compañía ligera. En el Ejército independentista se dijo que el Virrey recompensó al capitán García, que mandaba esa brava unidad americana, con un ascenso tras cada carga rechazada, y que al final tuvo su propio bastón, junto con las charreteras del coronel. Dicho oficial moriría durante el combate.

En cuanto a Valdés, con sus excelentes tropas, despliega en la derecha realista, y ataca directamente a la División de La Mar, batiéndola. Hay que anotar que esta Gran Unidad era la menos numerosa de las tres que tenía Sucre. En palabras de O'Connor⁶, testigo presencial, el español llegó así "*dentro de nuestras líneas*". Posiblemente estimulado por ese éxito, el coronel del I del Primero, en contra de las órdenes directas recibidas, ataca desde la izquierda. El movimiento era totalmente prematuro. Ni las piezas que debía proteger habían entrado en posición, ni Valdés había profundizado lo suficiente, ni siquiera el resto de la División Villalobos apoyaba el ataque.

Córdoba, que mandaba ese sector de la línea independentista cogió al vuelo la excelente oportunidad que le daba este error, lanzando a Pichincha, Voltigeros y Bogotá contra el aislado Batallón del glorioso Primero del Cuzco que en unos instantes es destrozado. "*El famoso Escuadrón de San Carlos*" da una carga a pecho petral intentando frenar a los vencedores, pero es contraatacado por la Caballería de Colombia los Húsares, según unos, y los Granaderos que cubrían a los infantes según otros.

En la lucha contra esos jinetes, más numerosos y quizás de superior calidad, el Escuadrón quedó en cuadro. De hecho, de sus 86 hombres, sólo 10 quedaron

6 Francisco Burdett O'Connor (Cork 1791- Tarija, Bolivia, 1871) militar de destacada participación en las Guerras de Independencia Suramericanas. O'Connor abordó en julio de 1819 el buque *Hannah* que partió de Dublín para América del Sur junto con 100 oficiales y 101 individuos de tropa destinados a las fuerzas angloirlandesas en Venezuela.

en pie. Uno de ellos fue su coronel que eventualmente pasaría al Ejército de Santa Cruz, donde llegó a mandar la Caballería.

El único Batallón que tenía disponible entonces Villalobos era el II del Imperial, de dudosa calidad como ya se ha dicho. Ante el avance de Córdoba, cedió, desorganizándose.

La situación entonces era la siguiente: En la derecha realista, Valdés había hecho importantes progresos; en la izquierda, era su adversario quien triunfaba; en el centro, continuaba el combate de los Guías al que nos hemos referido, mientras las demás tropas de Monet seguían *bajando "resistiendo en columna el fuego vivo de las líneas enemigas"*.

Continuará...